

**PABLO ANTONIO DE TARSIA, *VIDA DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS, ESTUDIO Y EDICIÓN DE MARÍA ROCÍO LEPE GARCÍA*, HUELVA, UNIVERSIDAD DE HUELVA, 2020, 193 PP.**

JACOBO LLAMAS MARTÍNEZ

Universidad de León. Instituto de Humanismo y Tradición Clásica

El proyecto de investigación «Vida y escritura» de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Huelva liderado por el profesor Luis Gómez Canseco, y al que también pertenecen los profesores Valentín Núñez Rivera, José Manuel Rico o Sergio Fernández López, lleva unos siete años dedicado al estudio y edición de las escrituras biográficas y autobiográficas en el Siglo de Oro de una manera ejemplar: discursos vivenciales de pícaros, memoriales aventureros de soldados y por supuesto *vitae poetarum*, dentro de las que se enmarcan las biografías de escritores no exentas y exentas como la *Vida de Don Francisco de Quevedo y Villegas* (Madrid: Pablo del Val, 1663), escrita por Pablo Antonio de Tarsia. La biografía, referente o punto de partida de todos los estudios biográficos posteriores sobre la vida del escritor, ha sido estudiada, editada y anotada por María Rocío Lepe García como parte del proyecto «Vida y escritura (I)», y publicada recientemente en la colección Biblioteca Biográfica del Renacimiento

Español del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva.

El volumen —el seis de la colección— es un trabajo preciso y bien documentado, que fija de forma rigurosa el texto de Tarsia, ofrece lúcidas explicaciones sobre las circunstancias y motivos que movieron al historiador y erudito italiano a escribir y publicar la biografía de Quevedo, y que contrasta los conocimientos actuales sobre la vida del escritor con las informaciones del biógrafo para evidenciar las exageraciones, inexactitudes, omisiones y descuidos de este. La estudiosa expone todo ello con un medido acopio de datos y fuentes para determinar lo explicado —sin alardes ni excesos inútiles, lo cual es muy de agradecer—, y demuestra de paso un excelente conocimiento de personajes históricos y de la bibliografía de referencia sobre la vida de Quevedo, tanto en el estudio introductorio como en la anotación al texto de Pablo Antonio de Tarsia.

Los seis apartados en los que se divide el «estudio» introductorio (pp. 17-56) compendian las claves históricas, temáticas y estructurales de la biografía escrita por Tarsia con una acertada combinación de datos, análisis y juicios. Entre ellos destacan los tres primeros, en los que se resumen las relaciones entre el biógrafo y el sobrino de Quevedo, Pedro Aldrete, y el traslado de Tarsia desde Italia a Madrid en el año 1644 para su establecimiento definitivo en la corte española. En ellos, concretamente en el apartado tercero «La apología como factor estructurante» (pp. 34-42), se propone la conjetura de más enjundia: la de que fuese el mismo Aldrete quien indujese a Tarsia a escribir la biografía de su tío:

Carecemos de información esencial para atrevernos a plantear una teoría sin riesgo a equivocarnos, pero cabe pensar que tras la obra de Tarsia se encuentra un mentor, alguien muy cercano a Quevedo e interesado en limpiar su imagen y por consiguiente la de toda su familia, y este personaje podría ser el mismo don Pedro Aldrete, a quien dedica Tarsia su obra. [...]

De acuerdo con todo lo referido, nos inclinamos a considerar a Don Pedro Aldrete, especialmente interesado como heredero de su tío en bruñir su imagen, contrarrestando con las virtudes mejoradas los defectos reconocidos, el impulsor de la biografía de Quevedo; y a Tarsia, el escritor confiado por este, para componer la obra siguiendo el itinerario establecido (pp. 36-37).

Si acaso, los apartados menos logrados del estudio sean el «5. El estilo discursivo de Tarsia: en la senda del barroco literario» y el «6. Directrices de la crítica: en el desenmascaramiento del genio». El epígrafe del primero despista un tanto ya que no contiene estrictamente un estudio

del estilo de Tarsia, y las notas al pie introducidas en él serían más procedentes en un índice final de nombres que remitiese a las páginas de la edición y, opcionalmente, a las del impreso usado como texto base de la edición. Asimismo, los nombres de escritores con los que Quevedo pudo haber mantenido amistad según Pablo Antonio de Tarsia (p. 51) deberían haber merecido algún tipo de consideración por parte de la editora en este estudio introductorio; si bien la cuestión es difícil de evaluar, porque de muchos apenas se conocen datos en la actualidad, y se debe reconocer que María Rocío Lepe García expresa su parecer sobre la veracidad de esas informaciones en las notas a su edición del texto de Tarsia:

Escasa es la información que poseemos en la actualidad de este poeta lírico germano [Carlos de Eybersbach]. Ni siquiera se conocen los versos que compuso para el recibimiento de Quevedo. Para Villalba de la Güida [2010: 270] forma parte del «círculo latino» napolitano, compuesto por eruditos italianos que escribían en latín y que por su trayectoria de «poetas de corte» de familias importantes de Italia y España mantuvieron algún tipo de contacto con Quevedo y el tercer Duque de Osuna. A este círculo pertenecían igualmente Michaël Kelker y Giulio Cesare Stella, dedicados a alabar a los señores más destacados de las cortes italianas dedicadas al servicio de España (nota 263, pp. 133-134).

Por su parte, el apartado «6. Directrices de la crítica: en el desenmascaramiento del genio» no tiene la extensión ni entidad de las secciones previas y es más bien una conclusión o cierre de las cinco anteriores:

Con indudables aciertos en el plano intelectual y renglones torcidos en el

retrato moral[.] A Tarsia le impulsó un evidente propósito apologético y «hagiográfico», como era habitual en las biografías de la época, y el ánimo del sobrino de lustrar su nombre moteado por las rivalidades literarias, los desaciertos políticos y los desvaríos morales (p. 55).

El trabajo de edición y anotación del texto con la biografía de Quevedo escrita por Tarsia es, en cambio, impecable en su totalidad. En la edición, excelente, no solo destaca el rigor con el que se siguen los criterios editoriales fijados, sino la finura de algunas decisiones para un cotejo y estudio material del impreso como la de indicar los cortes de palabras entre páginas:

Se indica el número de folio (preliminares) o de página (texto) de la edición original, por medio de corchete. Cuando el paso de un folio a otro, o de una página a otra, dé lugar al corte de una palabra, se precisará la numeración correspondiente después de la misma, marcándolo entonces con cursivas (p. 59).

La anotación abunda en las virtudes del «estudio», puesto que la mayoría de las notas son pertinentes, contienen jugosos razonamientos y aportaciones, y están redactadas con claridad y mesura. Algunas incluso completan nociones del estudio introductorio que resultan de gran provecho por ser muy pocos los estudiosos de la obra de Quevedo que las han tratado. Las más sobresalientes son las referidas a los supuestos contactos de Quevedo con escritores escasamente conocidos hoy en día y de las que líneas atrás ya se ha extractado un ejemplo: «Escasa es la información en la actualidad de este poeta lírico germano [Carlos de Eybersbach] [...]» (pp. 133-134). Es admira-

ble además la forma en la que las notas de María Rocío Lepe García sintetizan eficazmente asuntos complejos y que hasta no hace mucho creaban desavenencias entre los especialistas:

Los críticos que no aceptan la participación de Quevedo en la conjuración de Venecia aducen sobre todo la restricción de las fechas (Crosby, Martinengo, López Ruiz), ya que ese viaje debió de tener lugar entre el 14 de marzo y el 31 de mayo, y las dificultades de los medios de transporte de la época para estar en Italia el 18 de mayo y en Madrid el 31 del mismo mes. Tampoco López Ruiz acepta su participación en la conjuración de Venecia [2008: 134-143]. La crítica actual considera fabuloso el relato de Tarsia en la fecha de la conjuración (18 de mayo de 1618), pero sí es probable que los hechos narrados sucedieran un año antes, 1617. No sería la primera confusión de fechas en nuestro autor a lo largo de la biografía. Tarsia tampoco sigue un orden cronológico en el relato, de aquí el posible error (nota 302, p. 142).

De hecho, una vez descartada la participación de Quevedo en los episodios ocurridos en Venecia el 18 mayo de 1618 (la conocida como conjuración de Venecia) por la escasa probabilidad de que el poeta se encontrase en la ciudad italiana ese día y el 31 del mismo mes en Madrid dadas las limitaciones de transporte en la época, el episodio más controvertido de la biografía de Quevedo pasa a ser el verdadero motivo de su encierro en el convento de San Marcos de León entre diciembre de 1639 y mayo de 1643, al que también se refiere María Rocío Lepe García:

Bleuca [1954: 156-173] señala tres dificultades fundamentales en este Memorial [«Católica, sacra, real Majestad...»]: ser causa de la última prisión de Quevedo, su atribución a

don Francisco y una edición con rigor. El mismo Quevedo niega que él fuera el autor de los poemas satíricos. Los motivos reales de su arresto y posterior encarcelamiento guardan más bien relación con el alejamiento del círculo de Olivares y las conversaciones secretas puntuales con algún agente francés para derrocar al conde-duque [...] (nota 388, pp. 160-161).

Otras notas incorporan fuentes de gran valor didáctico que los estudios y ediciones filológicas no deben seguir ignorando:

Sobre el desencuentro [entre Luis Pacheco de Narváez y Quevedo], véanse el artículo de Valladares Reguero [2001: 165-194], un interesante análisis sobre media docena de textos satíricos contra su adversario, y el blog de Alberto Bompreszi: <http://www.esgrimaantigua.com/content/quevedo-nunca-venio-pacheco-de-narvaez> (nota, 123, p. 123).

Por poner dos pegas, las notas número 31, 32, 33 o 34 de la página 88, o las 63, 64, 65 o 66 de la página 93, podrían haberse refundido para aligerar el cuerpo del texto de llamadas al pie, aunque se comprende esta indecisión por la dificultad que plantean los períodos circulares de Tarsia, y otras notas podrían haber añadido mayores detalles sobre la obra en verso de Quevedo, puesto que la estudiosa es más precisa cuando aduce obras y estudios referidos a la prosa del autor madrileño para confrontar ciertos datos biográficos que cuando los contrasta con

su poesía. A este respecto una duda plantea sobre toda la biografía: ¿por qué Tarsia nunca menciona la supuesta amistad de Quevedo con el humanista González de Salas?

Por último, también conviene destacar el exquisito y elegante diseño de la colección Biblioteca Biográfica del Renacimiento Español en la que se inserta la obra, y la perplejidad y gracia de ciertos lances novelescos de la vida de Quevedo, como la de los seis caballeros enviados desde Niza con un retrato y las señas del poeta para identificarlo y matarlo a su paso por la región de Saboya, que, aunque conocidos, no dejan de resultar de entretenida lectura para aquellos menos interesados en la biografía y obra de Quevedo.

En suma, el estudio, edición y anotación de la *Vida de Don Francisco de Quevedo*, de Pablo Antonio de Tarsia, de María Rocío Lepe García es un trabajo filológico muy sólido e iluminador, y con una distribución de informaciones, especulaciones y puntualizaciones, digna de ser imitada. Muchas de sus precisiones pueden servir de acicate de futuros estudios de corte literario, que no son objeto de análisis de la obra. Pienso, por ejemplo, en las concomitancias destacadas entre la dedicatoria de Tarsia a Don Pedro Aldrete y *La política de Dios* (1658), y en los ecos directos de varios episodios relatados por Tarsia con poemas y versos concretos de Quevedo.